

Reflexiones, pensamientos e historias

24 de Julio

Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré.

Jn 14,13-14

El invierno traía un viento helado que congelaba hasta los huesos, las ráfagas entraban por todas y cada una de las rendijas de las casas. Una de las casas, construida humildemente, y a punto de caerse, era el hogar de una mujer y su hijo. Este último era ciego y siempre estaba sentado al centro de la casa.

La madre preparaba sus cosas para irse a trabajar al pueblo que estaba abajo de la colina de donde se encontraba su hogar. Dejaba a su hijo un pedazo de pan y una taza con agua y le decía: espérame amor, regreso en la noche con algo para cenar. Le dejaba también tres estatuillas de yeso, despostilladas, viejas y quebradas de alguna parte, pero eran esculturas de los reyes magos. Eran sus personajes favoritos, había escuchado historias sobre ellos, por ejemplo, que la noche que había nacido el niño Jesús, ellos le habían llevado regalos. Que esa noche era llamada Noche Buena, aunque él y su madre, no habían tenido la experiencia de haber vivido una fiesta o cena, y mucho menos regalos.

La pobreza de aquella pequeña familia obligaba a la madre a trabajar de casa en casa lavando ropa y limpiando casas a cambio de algo para comer. De vez en cuando la gente le regalaba algo de ropa o algunas cosas más. Para la familia era un gran regalo. Esa tarde, la madre bajó al pueblo a hacer algo de limpieza en una casa: arregló los muebles, limpió el piso, lavó la ropa y los platos y, poco antes del anochecer, regresó a su casa con algo de comida para cenar. Cuando abrió su puerta, el frío de aquella casa era intenso y bien podría decirse que morirían de frío. Sentado al centro estaba su hijo con la mirada fija hacia la puerta mientras sus manos acariciaban una de las estatuillas de los reyes magos. La madre inmóvil veía a su hijo y sus ojos cruzaron miradas. Algo no estaba como siempre. La madre sentía que los ojos de su hijo la miraban y entonces comprendió que su hijo estaba realmente viendo, ¡su hijo podía ver!, ¡el pequeñín veía por primera vez en muchos años!

La madre se acercó, se abrazaron y lloraron de felicidad. Al ver la madre la estatuilla vio a Baltazar, pero no tenía ojos, era como si él se los hubiera regalado a su hijo. Desde entonces reconocieron la nueva oportunidad en la vida para ambos, un nuevo porvenir los esperaba.

Nuestras calamidades pueden ser tantas que muchas veces olvidamos al ser divino que puede cambiar nuestras vidas y seguimos intentando salir solos de nuestras carencias o dolores, pero, si volteamos la mirada y pedimos ayuda, siempre habrá alguien dispuesto a tendernos la mano.

Si pides te será dado, deja el orgullo de lado y permite que Dios y los demás puedan ayudarte.

